

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal Cinematográfica



AMOR
ENTRE
NIEVE

por
Harri Liedtke

50 cts.

RANDOLF, Rolf

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARCO BISTACCHI

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Telef. 18551



Amor auf Ski, 1928



Amor entre nieve

Deliciosa comedia cinematográfica

Interpretada por

HARRY LIEDTKE y CLARISTA TORBY

con Willi Forst



EXCLUSIVA DE

CINEMATOGRAFICA ALMIRA

Rambla de Catalunya, 46

BARCELONNA



Ver: Screen "Serief Germany": 104. 219



AMOR ENTRE NIEVE

.....
Argumento de la película
.....

Entre los altos picachos de los Alpes, los cultivadores del deporte de la nieve hallaron siempre ancho campo para satisfacer sus aficiones.

No muy lejos de allí, en una hermosa ciudad, tenía establecida su residencia Jorge Hugues, Marqués de Nerville, joven aristócrata que vivía regaladamente su existencia de soltero.

Un día recibió una carta escrita en tosco papel y llena de manchas grasientas.

Decía así:

Nos permitimos recordarle, señor marqués, que nos tiene prometido honrar con su

presencia las fiestas deportivas que dentro cuatro días darán comienzo en esta región de San Gervasio donde con tantos fieles servidores cuenta.

Por todos ellos, el alcalde.

Maranton.

—¡Tendré que ir!—le dijo sonriente el marqués—. Mi padre era asiduo de aquellas montañas y yo no me he acercado nunca. Voy a tomar el tren para asistir a los concursos sobre la nieve. Diré a mi amigo Alberto Bass si quiere acompañarme.

El notario Wiltold Brunner era el administrador general de los bienes del marqués de Nerville.

Vivía en compañía de su hermana, doña Clarita, que no obstante su severidad aparente, cobijaba un alma apasionada y romántica en sus cincuenta y cinco años de soltería.

—Hace días que no recibimos noticias de tu hija ni del pensionado—dijo Clara, un mediodía, al notario—. Creo que vale la pena de que telegrafiaras.

—Soy menos alarmista que tú, hermana. Si sucediera algo desagradable, ya lo sa-

bríamos. No hay nada que corra tanto como las malas noticias.

—Me crispa los nervios esa calma de que alardeas.

—Pero vivo más feliz que tú.

Por fin, el notario accedió a telegrafiar al pensionado preguntando por su bella hija María que allí estaba educándose.

Se echó a reír bondadosamente cuando recibió en telegrama urgente la contestación.

—¡Ya salió aquello! — dijo a Clarita—. María se escapó del pensionado con una compañera y se marcharon a los deportes de nieve de San Gervasio.

—¿Y lo dices con esa calma y hasta parece que te hace gracia? Esto no puede quedar así. Si tú no sabes ser padre, yo tengo el deber de hacer las veces de madre.

—No te lo privo, pero comprenderás que no tiene nada de grave, ir a unas fiestas de nieve.

—Eres más fresco que la temperatura que gozamos—rugió Clarita—. Me voy a ir yo misma a San Gervasio y traeré a mi sobrina aunque haya de arrastrarla por una oreja.

—Allá tú... pero no te sulfures demasiado.

Y la indignada solterona preparó su equipaje para marchar al día siguiente.

Jorge, marqués de Nerville, acompañado de Alberto Bass, su íntimo amigo, se disponía a acudir al llamamiento de los habitantes de una región donde poseía valiosas propiedades.

Además debía correrse el gran premio del deporte de la nieve, y el marqués, muy aficionado a aquel "sport", estaba dispuesto a tomar parte en él.

Poco antes de marchar recibió un telegrama que desdobló malhumorado.

Enteradas asistes deporte nieve, salimos también para San Gervasio.

Marta y Luisa.

—¡Son verdaderamente insoportables mi tía la duquesa, y esta primita! No me dejan ni a sol ni a sombra.

—Luisa querrá casarse contigo—dijo Alberto.

—Eso parece ser... pero como no me gusta, es inútil que se meta tal idea en la cabeza. No faltaba más que me impusieran la esposa.

—¿No te preocupas demasiado por ello?

—¡No, chico! ¡Me interesa tan poco Luisa! Y haré todo lo posible para evitar su compañía.

Tomaron el tren hacia los Alpes...

En el mismo tren que Jorge, a quien ella no conocía personalmente, tomó plaza doña Clarita, dispuesta a meter en cintura a su revoltosa sobrina.

En una de las estaciones de tránsito, vió Jorge que aguardaban en el andén la duquesa y Luisa.

—¡Horror! ¡Marta y Luisa!—dijo, estre méciéndose, a Alberto—. Diles que no me has visto hace veinte años.

—Pero... y tú, ¿dónde vas?

—Me mudo a un departamento de segunda para que no puedan encontrarme.

—Pues, adiós...

Jorge recogiendo su equipaje se dirigió a otro vagón, mientras Alberto descendía del coche para hacer los honores a las dos damas.

—¿No viene el marqués con usted?—dijo Luisa, visiblemente contrariada.

—Debió perder el tren en la estación in-

mediata. Lo he buscado hasta debajo de los asientos.

—¿Qué lástima! ¡Tanto como hubiéramos deseado hacer el viaje con él!

—Ya lo encontrarán en San Gervasio. Deberá subir en el tren próximo.

El marqués se había dirigido a un departamento donde estaba únicamente doña Clarita.

Saludó, indiferente, a esa dama a quien no conocía y que por su edad cincuentenaria, poco le podía interesar.

Ella estaba enfrascada en la lectura de un libro que cerró luego a tiempo que suspiraba con delicia.

—Dios mío, ese Goethe, ¡qué genio!—dijo.

—¿Lee usted algo de él?

—“Werter”... ¡Qué poema tan maravilloso!... Esta es seguramente la novela preferida por los enamorados.

—Acaso... No la he leído nunca...

El marqués parecía tener poca gana de conversación, no así la solterona a quien gustaba hablar con el apuesto mozo.

—¿Va usted a San Gervasio?—preguntó ella.

—Sí, señora... Hay allí un concurso de alpinismo que me atrae... y me encantan aquellos panoramas.

—Yo voy también allá, pero por una cosa mucho más desagradable... Voy en busca de una sobrinita que se ha escapado del pensionado.

—¿Es curioso!

—¿Estoy tan sola! Supongo que si nos vemos, usted querrá también ayudarme en su busca.

—No faltaba más—dijo el marqués con ánimo de no hacerlo.

Al cabo de unas horas de insistente conversación en que Clarita llevó todo el peso mientras Jorge se contentó con simples monosílabos, llegaron al término del viaje.

Allí se debía tomar el ferrocarril aéreo que conducía a la región de las nieves perpetuas.

El marqués despidióse de su nueva amiga, asegurando que ya se verían más tarde en San Gervasio, pues él, por el momento, debía quedarse en sus propiedades vecinas.

Lo que deseaba era dejar la compañía poco agradable de una vieja.

Y la dama, cargada con su equipaje, y llena de pánico, subió al transbordador que cruzaba con firme seguridad, insondables abismos, panoramas de una magnificencia y de una blancura deslumbradoras.

Casi se arrepentía de aquel viaje ¡Le daban tanto miedo las alturas!

Constantemente llegaban deportistas al hotel de San Gervasio, enclavado en el corazón de los Alpes.

Eran todos alojados personalmente por el entrenador del gran concurso.

María Brummer y su amiga Clotilde Wilson habían huido del colegio para tomar parte en el concurso deportista.

Sería cuestión de permanecer allí pocos días. Habían avisado ya al internado que no pasasen cuidado por ellas. Regresarían después, reintegrándose a la aburrida vida de educación.

A María, la hija del notario, la acompañaba un estudiante, Julio Roger, hombre

meloso, acaramelado, algo tímido, que era su "flirt", desde que se vieron algunos domingos en la sala de visitas del colegio, pues Julio era hermano de otra compañera.

El entrenador acomodó a las dos muchachas en un elegante cuarto del hotel y a Julio en otra sala, apartada de allí...

Por la noche, al ir a meterse en cama, María besó apasionadamente el retrato de Julio, su "flirt", un leve amor que seguramente no tenía más consistencia que la de un castillo de naipes.

—Perdona que te lo diga—explicó Clotilde, riendo—. Tu novio tiene una cara de tonto que da miedo.

—¿Cómo te atreves a insultarle, envidiosa? Lo que ocurre es que tienes celos porque nadie te ha dicho nunca nada.

—¿Celos yo?... Tengo los novios a montones para que te enteres.

—A la vista está... "Soltera y sola en la vida"...

—¿Cuidado, Clotilde, que estás impertinente!

Se metieron luego en cama, mirándose con profunda indignación.

Aquella diferencia de opinión originó entre ellas un pequeño disgusto que pareció debilitar algo su hermosa amistad.

Sin embargo, al día siguiente se reconciliaron... Y María, un poco convencida por las palabras de su amiga, comenzaba a notar en Julio una porción de defectos: tímido, meloso, tontín... ¡Milagro sería si entre las nieves no se fundiese aquel frágil amor!

Y aquella misma mañana, doña Clarita llegaba al hotel de San Gervasio.

—¿Es aquí donde se alojan esos mamarrachos deportivos? — dijo al gerente de la fonda.

—¿Mamarrachos? ¡Ah, sí, señora! También hay habitaciones para usted.

—Pues déme una...

Tan pronto como descansó, se dispuso a buscar a María y a castigarla. ¡Atrevida muchacha!

Mientras tanto, el marqués, después de haber visitado a unos amigos, llegó al hotel de San Gervasio.

Su amigo Alberto le recibió, sonriente.

—¿Qué? ¿Cómo fué el viaje?

—No del todo mal. He tenido por compa-

fiera una viejecita charlatana. Figúrate que se ha empeñado en que le buscara una sobrina, que al parecer se le ha fugado. Por cierto he podido librarme de la tal señora.

—¡Te felicito!

—¿Y Marta y Luisa?

—Pues en este mismo hotel se alojan.

—¿De veras? Me voy de incógnito a la montaña.

—Pero... ¿qué van a decir?

—Invéntales cualquier historia... Tú sigues sin saber mi paradero. ¿comprendes?

Y saliendo sigilosamente, marchó hacia lo alto de la montaña, en la cumbre, adonde no llegaran aquellos brazos de mujer que querían apresarle.

Allá en la cima había una casita de madera. La ocupaba Bartolo Sneider, guardabosque al servicio del marqués de Neville y próximo a casarse con su robusta prima Tomasa.

Bartolo corrió al encuentro del señor marqués con grandes muestras de respeto.

—Si viene usted a tomar parte en el concurso de "skis" debe darse prisa porque ya

han empezado los entrenamientos, señor—le dijo.

—Entonces... me apresuraré... Pero, óyeme, vengo de incógnito y quiero alojarme en tu casa para que nadie sospeche mi presencia aquí.

—¡Comprendido, señor marqués!

Jorge saludó a la madre de Bartolo y a Tomasa, la robusta novia del guardabosque, ejemplar pomposo de rústica feminidad.

—¿Estás contenta de tu novio, Tomasa? —le dijo, riendo.

—Ni mucho menos, señor marqués. Es muy presumido y siempre anda detrás de las mozas de los alrededores.

—Le envidio el gusto... pero a ninguna debe querer como a ti.

—Esto es cierto, señor marqués... Sino que Tomasa es muy exagerada en todo—dijo Bartolo contemplando a su novia con ternura.

—Bueno, ¿te has hecho cargo de mis deseos, Bartolo?... Quizá tome parte en las carreras, pero con nombre supuesto... Quiero evitar agasajos y obsequios... Como no

me conocen aquí, será muy fácil eludir mi verdadera presencia.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Gracias... Prepárenme una comida... Voy entretanto a dar una vueltecita por esas montañas.

Cogió los "skis", pronto a gozar del espectáculo hermoso de las carreras sobre la nieve.

Y allá, en el propio San Gervasio, el alcalde y varios magnates de la villa comentaban el próximo concurso.

—Me consta—decía el alcalde—que durante las fiestas conoceremos al hijo del difunto marqués. Es preciso tributarle un grandioso recibimiento.

—¡Ya lo creo! ¡Esa noble familia lo merece todo!

Habían comenzado los entrenamientos en pleno campo nevado. Se realizaban ya algunos saltos peligrosos, de hombres y mujeres que se elevaban sobre la nieve con verdadera audacia.

María, su amiga Clotilde y Julio tomaban parte en los entrenamientos. Caían con frecuencia, faltos de la experiencia necesaria,

pero se divertían y sentían un nuevo placer al revolcarse sobre la nieve.

Doña Clarita apoyada en unos bastones de punta de hierro avanzaba penosamente por la nieve hacia el sitio donde se celebraban los entrenos.

Con los prismáticos distinguió a María que reía jovial y feliz, ajena a la tormenta que se preparaba.

—¡Ya te ajustaré yo a ti las cuentas!—murmuró.

Y con toda la rapidez que le permitían su volumen y sus años, se dirigió al encuentro de la sobrina y cogiéndola por un brazo le dijo presa de la mayor indignación:

—¿Es así como aprende usted las labores propias de su sexo, señorita?

—¡Tía!

—¡Ya te arreglaré yo!... Hoy mismo regresaremos al lado de tu padre.

Y quieras que no, la obligó a seguirla entre la rechifla general de los excursionistas, divertidos por el lance.

También en el hotel, los viajeros se rieron de lo lindo al ver las discusiones entre Clarita y su sobrina... ¡Ah, tía mata alegrías!

Pero como sobre la voluntad de las tías está siempre el capricho de las sobrinas, y María no era corta de genio, pronto encontró el medio para poder huir de su habita-



—Es preciso tributarle un grandioso recibimiento.

ción donde por orden de doña Clarita estaba recluida.

Salió a la ventana y llamando a Julio le rogó la tomara en brazos, pues aprovechando que era un piso bajo, se iba a echar al vacío.

—¡No hagas eso, María! Obedece a tu tía...

—¿No quieres ayudarme, cobarde? ¿Temes a mi tía? ¡Anda, un poco de valor!

Lanzóse abajo y fué recogida por los brazos torpes de Julio, que luego la dejó caer sobre la nieve.

María se enfadó censurándole por su torpeza, y los dos se dirigieron otra vez al campo de entrenamiento.

Allí realizaron vistosos ejercicios, especialmente María, pues su novio tenía un miedo atroz de romperse algo.

Avanzaron por la nieve, alejándose bastante del hotel.

¡Qué feliz se sentía ella en su libertad!...
¡Ser siempre libre, libre como los pájaros!...

* * *

Cuando tía Clarita se dió cuenta de que el pájaro había volado, corrió en persecución de la fugitiva.

Al llegar al campo de entrenamiento y ver que no estaban allí los excursionistas, se sintió perdida, pero prosiguió avanzando

con la esperanza de encontrar a la traviesa colegiala.

Fué caminando, caminando, hasta extrañarse en plena montaña.

Ni una voz humana a su alrededor, sólo nieve como un inmenso cendal que rodeaba todas las cosas.

La pobre solterona del corazón volcánico comenzó a sentir frío en los tuétanos y se vió ya convertida en tortilla congelada.

Por fortuna, al volver un recodo, tuvo un encuentro providencial. El de su compañero de viaje que habiendo salido de la cabaña del guardabosque rondaba por los alrededores sin atreverse a bajar a San Gervasio. Ignoraba que ese hombre fuera Jorge, marqués de Nerville.

—Señora... ¿qué hace usted ahí? — dijo Jorge contrariado por el encuentro.

—¡Ah, caballero!... No sé dónde estoy... No puedo dar un paso más. Me siento desfallecer.

—No tenga miedo. Siéntese en mi "skis" y yo la arrastraré.

Así lo hizo, y doña Clarita experimentó terribles sobresaltos al sentirse deslizar con

extraordinaria rapidez por aquella tierra helada.

—¡No, no tan aprisa!

Pero el joven marqués, riendo, seguía empujándola con la agilidad del hombre de experiencia.

Sin embargo, Jorge, dió un traspies y se le escapó de la mano el "skis". Y éste, impulsado por la anterior fuerza, siguió corriendo, mientras Clarita daba unos gritos tremebundos.

Desde otra montaña, María y sus amigos vieron bajar a gran velocidad a aquella señora...

—¡Mi madre, digo, mi tía!—exclamó la joven.

—¡Oh... cálmese!... Un caballero ha detenido el "skis"... ¡Gracias a Dios!—exclamó otra damita.

—De todos modos, ¡qué susto se habrá llevado mi pobre tía! Vayamos corriendo allá.

—A su tía parece que no le gustan mucho los deportes de la nieve—dijo el entrenador.

—Naturalmente — contestó ella—. Como tiene un corazón de fuego, temerá que se le enfríe.

Doña Clarita había sido detenida en su avance por un caballero gordo, un turista que el día de su llegada a San Gervasio armó un gran escándalo en la plaza, pues con sus "skis" echó involuntariamente al suelo un cesto de huevos.

Recogió ahora blandamente en su regazo a aquella dama, de la misma edad que él, poco más o menos, que le contempló con inmensa gratitud.

—¡Oh, caballero... muchas gracias!... Ha sido usted mi providencia.

—No hay de qué darlas, señora... Soy su más ardiente servidor, Nicomedes Delgado, fabricante de chorizo.

—Me llamo Clarita Brunner, y no olvidaré el favor que acaba usted de hacerme.

Llegaron María, Clotilde y varios amigos para enterarse de lo sucedido a tía Clara.

—¡Ay, sobrina, qué susto! ¡Gracias a ese buen caballero no me he ido al otro barrio! ¡Me parece que tengo el corazón que me va a saltar del pecho!

—¡Tía!...—dijo María con cierta pena.—
¡Pensar que yo tengo la culpa! Pero soy tan

joven para vivir encerrada... ¿No me perdonas mi escapatoria?

Nicomedes sonrió a Clarita como invitándola a la clemencia, y la dama que desde que había conocido al fabricante se sentía trastornada, exclamó:

—¡Nos quedaremos!... Te perdono... Quizá yo también me vaya aficionando a la nieve.

—Propongo un hurra por la salvación milagrosa de nuestra ilustre decana—dijo el entrenador.

Y el hurra fué repetido unánime, y doña Clarita, emocionada por el homenaje, fué repartiendo saludos y sonrisas mostrándose la mejor amiga de todo el mundo.

Regresaron todos lentamente al hotel. Nicomedes no se movió del lado de Clarita, y al explicar que era soltero, todavía relampaguearon más los ojos de ella, como si viera ya que el verdadero y nunca logrado amor tomaba al fin forma corpórea.

El marqués de Nerville había perdido la pista de Clarita, y por fin, desde lejos, vió que la vieja era recogida por un caballero,

y considerándola ya en salvo, no volvió a preocuparse de ella.

Lo que le interesaba era no ser conocido de nadie.



—Quizá yo también me vaya aficionando a la nieve.

Y continuó disfrutando a solas, de riguroso incógnito, las delicias del clima de altura.

Al cruzar unos campos llenos de excu-

sionistas, vió a Tomasa que avanzando hacia él, le dijo:

—Al fin le encuentro, señor marqués.

Una muchacha escuchó aquellas palabras y corrió a avisar al alcalde.

—Tenemos aquí al marqués y nadie se ha enterado.

El alcalde que con otros lugareños se hallaba en un mesón bebiendo cerveza, salió al campo y al ver al marqués, corrió detrás de él con los brazos abiertos para estrecharle con gran afecto y amor.

Sin embargo, el marqués, a quien molestaba de modo extraordinario toda ajena curiosidad, echó a correr, sendero arriba, hacia la más alta cumbre, dispuesto a desorientar a los que querían obsequiarle, temeroso de la cargante obstinación de las gentes campesinas.

Llegó por fin a la casa del guardabosque y encontró allí a Bartolo.

—Vas a prestarme un gran favor, Bartolo.

—Usted dirá, señor.

—Durante unos días me prestarás tu ropa de guardabosque montañés y yo te dejaré mis atavíos deportistas.

—Señor... se me conocerá el cambio... Yo no tengo aspecto de noble.

—No has de hablar apenas... Y procura representar tu papel de marqués de la manera más decorosa posible.

—¡Así lo haré, señor!

Trocaron las ropas, y Bartolo vestido de excursionista salió de nuevo al campo, perseguido por los montañeses que pretendían abrazarle.

Bartolo se reía mucho... y corría más que ellos... Bonita diversión aquella. El señor marqués tenía unas ganas de bromear... Y logró esquivar a sus perseguidores, que tenían que pararse, desalentados.

Y Jorge, el verdadero marqués de Nerville, sentado en su cabaña, respiraba amplia, sosegadamente, las ventajas de su falsa personalidad.

* * *

Bajo la dirección de don Nicomedes, comenzó doña Clarita a hacer sus primeros pinitos deportistas.

Y con los pinitos deportistas... ciertos mimos de mujer enamorada.

De la misma edad, solteros los dos, de almas sedientas y románticas, se completaban de modo admirable...

El amor nace en todas partes y en todos los climas, planta espontánea para quien toda la tierra es fértil abono.

—Yo no sé lo que tiene la nieve cerca de usted que abrasa como plomo derretido—decía Nicomedes poniendo las pupilas en blanco.

—¡Oh, Nicomedes... usted no parece un fabricante de chorizo... tiene aire de poeta!

—Y lo soy... pero equivoqué la carrera.

—Siempre fué mi sueño un poeta...

Y mientras ellos se decían tales ternezas, no muy lejos de allí, Julio repetía a María la cantinela de su amor, pero de modo tan dulce, con tanta golosina, que empalagaba...

—¿Me quieres, ciclito mío?

Ella que comenzaba a estar harta de semejantes habladurías, le respondía de modo altivo:

—No puedo sufrir los novios acaramelados. Me declaro independiente. De modo que puedes buscarte novia...

—Pero, mujer...

—Nada, lo dicho. Hemos roto para siempre el "flirt". En lo sucesivo seré una amiga tuya, nada más.

Y como Julio siguiera importunándola, María se alejó de allí, dirigiéndose hacia las montañas vecinas, coronadas por eternas caperuzas de nieve, de transparente blancura.

Anduvo largo tiempo... Y de pronto, como tan fácilmente sucede en los países nevados, en que la naturaleza parece repetir un mismo motivo, se desorientó y no supo regresar al hotel.

Torció por un camino, creyendo que éste la llevaría a San Gervasio, y se extravió, sin conocer la dirección.

La tarde comenzaba a declinar y en el alma de la joven aparecía el miedo.

¡Dios mío! ¿Por dónde se regresaría a casa?...

La posibilidad de pasar una noche en aquella eterna y silenciosa sábaná, la estremeció.

Y fué adelantando, cada vez más fatigada, sintiendo a cada instante que sus fuerzas se iban apagando.

¿Por qué fué tan loca de alejarse sin guía ni orientación?

Y pasaron horas...

Y a todos causó gran inquietud que a la hora de la comida, no hubiese regresado María al hotel.

Por orden del entrenador se organizaron partidas de socorro, que comenzaron a investigar los lugares vecinos, sin hallar rastro alguno de la joven. Todas las pesquisas resultaban infructuosas y la desaparición estaba envuelta en el misterio.

Doña Clarita estaba saustadísima. El entrenador le explicó que seguían las gestiones, aunque sin éxito.

Rodeaban a la tía, Clotilde, Julio y su amado Nicomedes, prodigándola palabras de esperanza.

—Daré cinco mil francos a quien encuentre a la desaparecida—decía.

Y se inició otra batida. Iban ahora con antorchas, pues probablemente tendrían que ir muy lejos y la noche se les echaría encima.

A aquella misma hora, María, desesperada, comenzaba ya a dudar de su salvación.

No quería moverse de un camino, tenía miedo de avanzar, pues los abismos se abrían a cada paso y la muerte acechaba en ellos.



—Doña Clarita estaba asustadísima...

A aquella misma hora, Jorge se disponía a tomar una cena fría en la augusta soledad de las montañas nevadas.

De pronto creyó percibir gemidos. Prestó atención y ya no le cupo duda alguna de que alguien demandaba auxilio.

Corrió hacia el sitio donde se oían aquellas voces y vió a un muchacha bellísima, sentada en tierra, que se quejaba de un fuerte dolor en el pie.

—¿Qué le ocurre, señorita? — dijo, corriendo a levantarla.

—He dado una caída. Creo que me he torcido el pie. Me duele mucho.

—¡Siéntese!... ¡Hay que ver eso!...

Suavemente, le cogió el pie, quitándole el zapato y la media, viendo una gran mancha morada, resultado del golpe.

—¡Pobre señora!—dijo—. Hay que vendarle la herida.

—¡Oh, gracias... gracias!

La vendó con un pañuelo.

—¡Muchas gracias, señor!—volvió a repetir ella, complacida—. ¿Es usted, acaso, guardabosque de las propiedades del marqués de Nerville?

—¡Sí, señorita! ¡Bartolo Sneider!—contestó, riendo ante la aventura.

—Mi padre es el notario señor Brummer y conoce mucho al marqués...

—¿Sí?

Y la alegría brilló en los ojos de Jorge.

al enterarse de quién era la hermosa muchacha.

María probó de andar; pero se quejó de agudísimos dolores.

—Será preciso que la acompañe hasta el hotel. No es posible que vaya usted sola—dijo el aristócrata.

—Es verdad. Siento mucho las molestias que le proporciono. Pero esa pierna...

Fijándose de nuevo en ella, vió que el pañuelo con que se la había vendado el guarda, tenía bordada una corona de marqués.

—¿Qué es eso?—dijo, extrañada.

—¡Oh, este pañuelo, es un regalo de mi amo!

—El marqués debe apreciar mucho a usted... y creo que no se equivoca al hacerlo.

—Es usted muy bondadosa.

—Lo merece usted—agregó María, que se sentía arrebatada por la elegancia del guardabosque y la extraña distinción de sus maneras, que más parecían de un noble que de un trabajador humilde.

—Llegaremos muy tarde...—dijo Jorge.

—Es igual. Le presentaré luego a mis

amigos y haré que le festejen como a mi salvador.

—¡No, no!... Le ruego que me permita marchar sin ser visto de nadie. Soy muy modesto...

Vieron cernerse, en lo alto de unas cumbres unas nubes oscuras, amenazadoras...

—Cuando las nubes asoman por aquellos picachos, nunca marra la tormenta — dijo Jorge.

—Apretemos el paso...

Fueron avanzando, con infinitas precauciones, pues la noche se les echaba encima y al propio tiempo el vendaval comenzaba a gemir como la respiración silbante de un inmenso monstruo.

—¡Un poco de ánimo! Tenemos la tormenta encima.

—No me falta valor. Pero, ¡Dios santo!... temo por mi tía. ¡Cuánto cuidado debe estar pasando, la pobre!

Comenzó a nevar, primero a ligeros copos, después una verdadera y espesa cortina, que apenas dejaba ver.

Cerraba la noche y la situación era peli-

grosísima para seguir andando entre la ventisca.

—¡Qué miedo!—gemía la muchachita.

Y se apretaba contra el pecho del supuesto guardián, quien, emocionado al sentir sobre sí el dulce y tibio peso de aquella mujer cucantadora, la musitaba tiernas palabras de consuelo, como una música de arrullo.

Por fin descubrieron una casita, situada en lo alto del monte, que se les apareció como un refugio providencial y maravilloso.

—Estamos salvados—dijo él—. Allí estaremos por completo libres de toda eventualidad.

—¡Gracias a Dios! ¡Qué alegría! ¡Estoy helada!

Entraron en la casita, pequeña barraca de madera con una chimenea a uno de los lados.

—Voy a encender fuego... ¡Verá qué pronto reaccionará usted!—dijo él.

Y el muchacho, después de cerrar herméticamente la puerta y la ventana para que no entrase la nieve, puso los leños en la chimenea, los aventó con fuerza con su

sombrero y pronto las llamas poblaron de sombras la habitación y caldearon el ambiente frío, como un símbolo de vida.

El frío y el cansancio habían agotado la resistencia de María; pero el fuego la hizo mejorar y dar de nuevo a sus labios el color rojo de la juventud.

—¿Ve usted qué bien? Eso vale mucho... Ajajá... Y ahora es preciso que se desnude. Tiene toda la ropa empapada de nieve. Cúbrase con esas mantas...

La joven vaciló ante el temor de desnudarse. Pero como viera que el guarda se volva de espaldas, rápidamente se despojó de su vestido y cubrióse con unas toscas mantas que había en la cabaña.

—Ya puede usted mirar... Estoy vestida—dijo la joven con serena sonrisa.

—Ahora secaremos su traje junto al fuego...

El puso las prendas sobre la chimenea, para que recibieran el impulso benéfico de las llamas, y luego volvió junto a María para cubrirla el cuello con la manta.

—¡Tápese bien!... ¡Hace frío!

—¡Ya no siento frío!

—Ahora hemos de ir para otra cosa. Será preciso pensar en tomar un bocado. Afortunadamente, dispongo de provisiones.

—Ha sido usted mi providencia, Bartolo...



—¡Tápese bien!

—Siento... siento todo lo que ocurre... pero al lado de usted estoy viviendo unas horas de felicidad.

Destapó su mochila y extrajo de ella varios fiambres que había traído para la comida y que se partieron como buenos herma-

nos, mojando la refacción con un poquito de vino, que dió a su sangre un calor vital.

Con aquella comida se serenó definitivamente el alma de María... Ya no se acordaba de que su tía debía estar enloquecida buscándola... se encontraba muy bien allí...

Porque la nieve seguía cayendo afuera, y se la oía azotar puertas y ventanas e ir posándose poco a poco sobre el techo del refugio como si fuera a aplastarlo bajo su peso.

¡Qué hermoso era entonces aquel improvisado hogar, con la chimenea crepitante, que hablaba de ardor, de vida, de compañía, de luz!...

Habían vuelto al hotel varios expedicionarios sin traer noticia ni rastro alguno de la desaparecida. Parecía que se la había tragado la nieve.

Otros excursionistas, provistos de antorchas, seguían recorriendo los alrededores, buscando a la joven.

—Temo que esa señorita haya perecido bajo la nieve—dijo uno de los viajeros.

Y tía Clarita derramaba abundantes lágrimas, viendo cernerse ante ella la tragedia como epílogo de la excursión.

¡Atrevida... irreflexiva criatura! ¿Por qué tuvo que marchar sola? Y Julio sufría también mucho, preguntándose dónde habría podido ir...

Y en la cabaña, después de haber cenado de modo frugal, pero con buen apetito, Jorge manifestó a la joven que se verían obligados a pasar la noche allí.

Sóñar en volver a través de las sombras y de la nieve, era exponerse a una muerte segura.

Ella lo comprendió así y no osó proferir la menor protesta.

—Mire... precisamente hay un lecho para usted—dijo Jorge.

Y le señaló una dura litera, empotrada en la pared, sobre la que había un pequeño colchón.

—¿Y usted, dónde va a dormir?

—No se preocupe. En cualquier lado. Un

montañés como yo no se anda con remilgos.

María ocupó su litera y el joven se encaramó sobre el techo de la misma.

—Aquí dormiré—dijo, riendo—. Voy a tener un lecho que un príncipe me envidiaría, al menos por la vecindad.

—No puedo consentirlo. Se va usted a helar de frío.

—Duerma, señorita, y no se preocupe de los criados. ¡Pues no voy a estar poco bien aquí!...

—Pero... me da pena...

—Duérmase, si no quiere que le dé un par de azotes—continuó, riendo.

La joven acabó por callar, fatigada por lo duro de la jornada, y poco después descansaba tranquilamente, y en sueños se le aparecía la imagen de su salvador, en forma vaga e ideal.

También el marqués de Nerville descansó bien. Estuvo pensando antes largo rato en la inesperada aventura.

¡Bah, era bonito hacerse pasar por otro hombre! ¡La sorpresa que tendría aquella mujer cuando se enterase de que el simple

Bartolo era nada menos que el propio marqués de Neville!...

Pero mientras ello no ocurriera, a gozar del incógnito...

Pasaron las horas de la noche...



—*Duérmase si no quiere que le dé un par de azotes.*

Y a la mañana siguiente, Jorge, al despertar, consultó su reloj de muñeca y vió que eran ya cerca de las ocho.

Lo raro era que no entraba a través de

los cristales de la ventana ni un rayo de sol.

La estancia seguía sumida en sombras, sin otro resplandor que el mortecino del rescoldo.

Le extrañó la obscuridad que en el albergue reinaba.

Saltó del duro camastro y contempló a la hermosa María, que seguía reposando dulcemente, con la sonrisa en los labios.

¡Qué cosas debía soñar aquella deliciosa criatura! No había duda de que era una muchacha hermosa y extraordinariamente agradable.

La miró con extraordinario interés. Y le pareció que aquellos labios tan frescos y tan rojos, estaban diciendo: *bésame.*

No era cosa de menospreciarlo.

Y con todo cuidado, procurando que ella no despertara, acercó su boca a la suya y rozó con una caricia dedicada aquellos finos y tentadores labios.

Ella no se dió cuenta. Poco después, despertó.

—¡Buenos días, señorita! ¿Qué tal ha pasado la noche?

—¡Muy bien! Estaba tan cansada, que he dormido de un solo tirón... Pero, ¿qué hora es ya?

—Van a dar las ocho...

—¿Las ocho? ¿Cómo es que siendo tan tarde, no entra aquí ninguna luz?..

—No sé... Estoy mirando...

Quiso empujar la puerta, que se abría hacia afuera, y a pesar de que realizó numerosos esfuerzos, no consiguió adelantar un paso, como si algo impidiera moverla.

Sospechó... Una sombra de preocupación cubrió su frente. Y dirigiéndose hacia la ventana, la abrió, encontrándose al exterior con un gran muro de nieve.

—Me parece que estamos bloqueados por la nieve—dijo.

—¿Bloqueados?

Ella saltó rápidamente del lecho, apartando sus ropas y quedando en traje interior. Estaba muy asustada. Juntó las manos como si fuese a rezar.

Se dió en seguida cuenta de que Bartolo la observaba y apoderándose de su traje, ya seco, se vistió con él, ruboroso el rostro y el alma acobardada por el temor.

—¡No se asuste!... De una manera u otra saldremos de aquí—dijo el joven, sin perder su serenidad.

Encaramóse cerca del techo y cogiendo



Estaba muy asustada...

un "skis" comenzó, a través de la abierta ventana, a limpiar la nieve, para dejar un boquete libre de salida.

Al cabo de media hora de grandes esfuerzos, logró que estuviera despejada la abertura de la ventana.

—¡Libres!... ¡Por fin!

Ayudó a saltar a María y en seguida se encontraron los dos sobre la nieve, respirando a pleno pulmón, después del temor y de la angustia de haber podido ser sepultados vivos.

—Bucno será saludarnos como buenos compañeros que acaban de librarse de un peligro común—dijo él.

Se estrecharon cordialmente las manos.

—¡Qué sol tan bonito hace ahora!—dijo María, tranquilizada—. ¡Qué hermoso es esto!... ¡Y hemos estado a dos pasos de morir!...

—Usted no podía morir... porque es usted la propia imagen de la vida...

Le hablaba con elocuencia, sin acordarse de que debía representar el papel sencillo del guardabosque, del hombre rudo que no conoce la delicadeza del párrafo lírico.

Y ella, como emocionada por una música, le escuchaba con deleite, pareciéndole incomprendible que aquel hombre de tan profunda educación fuera un simple montañés.

Tras una hora de camino, llegaron muy cerca de San Gervasio. Era cuestión de des-

pedirse, pues Jorge no quería de ningún modo recibir plácemes de nadie, ante el temor de encontrar a la duquesa y a Luisa.

—Yo no sé si a usted le pasará lo mismo que a mí. Pero cuanto más cerca me encuentro del hotel, más lejos quisiera encontrarme—dijo ella.

—Es verdad. ¿Por qué serán tan cortos los caminos en estas montañas? Apenas si se hace uno cargo del panorama.

—Quisiera que me diese usted sus señas para poder escribirle alguna vez—agregó María, mirándole con ternura.

—Con mucho gusto...

Sacóse la cartera para darle una tarjeta, pero recordó entonces que si lo hacía descubriría su engaño.

—No... tengo ninguna...

—¿Lleva usted una corona en la cartera?

—La cartera es un regalo de mi amo, lo mismo que el pañuelo—contestó con cierta turbación.

—¡Ah!... ¿Y cuáles son sus señas?

—Ponga sencillamente Bartolo Sneider, guardabosque, San Gervasio. Con esto bas-

tará para que lleguen todas las cartas que usted escriba.



—¿Por qué serán tan cortos los caminos en estas montañas?

—No lo olvidaré.

Luego, María, vaciló unos instantes y extrayendo de su monedero un billete de Ban-

co, se lo entregó tímidamente, como pago de sus servicios.

Él se echó a reír y se lo devolvió.

—¡Gracias! No trabajo por tan poco precio.

—Pues...

—Prefiero esto...

Y estrechó contra sí a María, dándole un apasionado beso.

Ella, emocionada, no le rechazó y le devolvió la caricia, que la había trastornado.

Estuvieron besándose largos minutos.

Pasaron unos turistas y uno de ellos, riendo, les dijo:

—¡Que aproveche! No se conoce que estamos entre nieves perpetuas.

Avergonzados, los dos jóvenes se despidieron definitivamente. Pero ella le prometió escribirle pronto... muy pronto...

Y Jorge, al escuchar aquellas palabras, se sintió un hombre dichoso, y a punto estuvo de confesar quién era; pero aguardó. No, esperaría aún... para dar todavía más agradable sorpresa a la mujer que se había adueñado de su alma.

Y la vió partir, presa en la red del amor.

* * *

Aquella misma mañana empezaba el concurso sobre la nieve, en el cual el marqués haba prometido tomar parte.

Cuando Clarita, Clotilde, Julio y otras personas consideraban ya definitivamente perdida a María, ésta se presentó ante ellos y explicó toda su odisea.

La alegría de volverla a ver impidió que la riñesen, y una oleada de júbilo invadió a todos al descubrir, sana y salva, a la muchachita.

Contó María a su tía que la habia salvado un guardabosque del marqués de Nerville.

Tía Clarita se indignó al saber que habia pasado la noche con él, y ambas mujeres se dirigieron al hotel, profundamente disgustadas y sin querer presenciar el gran concurso deportivo.

El verdadero Bartolo se impacientaba por la tardanza de su amo. Había prometido tomar parte en el concurso... y era muy extraño que no estuviera ya allí.

Paseaba Bartolo por cerca de los grupos y de la gran tribuna de invitados, cuando unos hombres, que el día anterior le habian perseguido creyéndole el marqués, comenzaron a gritar:

—¡El marqués!... ¡El marqués! ¡Por fin está aquí, cuando ya dudábamos de que viniese!...

El pobre guardabosque quiso huir; pero el alcalde y los principales magnates del pueblo le rodearon, aclamándole.

—¡Colosal, señor marqués!... Venga usted a la tribuna. Hemos reservado para su excelencia el puesto de honor — dijo el alcalde.

—Yo... no...

—Tomará parte en el concurso... ¡No faltaría más!...

Le dieron un "skis" y le colocaron un cartel con un número sobre el pecho. El pobre Bartolo temblaba como un azogado. ¿Qué iba a hacer él en aquella excursión en que lo más fácil era que se rompiera la cabeza?

Llegó, pálido y tembloroso, ante la tribuna y fué a reunirse con los otros depor-

tistas, que dieron grandes hurras en su honor.

Entre los que presenciaban la fiesta, figuraban la duquesa y su sobrina, quienes suspiraron alegremente al enterarse de la presencia del marqués. Iban acompañadas de Alberto.

Su sorpresa fué grande al ver que el señalado como marqués de Nerville no era el auténtico.

—¡Pero si ese hombre no es el marqués! dijo la duquesa.

—¡Eh! ¿Qué dice usted?—gritó el alcalde.

—¡Que lo detengan! ¡Es un impostor!

El pobre Bartolo estaba horrorizado. Era seguro que se la cargaba con todo el equipo.

—Señores, yo...

—¡Canalla! ¡Impostor!

Apareció Tomasa, la novia de Bartolo.

—¿Tú marqués, sinvergüenza? — le dijo, subiéndose las mangas y pronta a darle una fenomenal paliza.

—Hagan el favor de artestarme, antes de que esta mujer siga haciéndome reconven-
ciones—exclamó Bartolo.

Pero el verdadero marqués de Nerville, desde una altura cercana, había estado observando la maniobra.

Y, temeroso de que para su pobre y buen sirviente tuviera aquello consecuencias graves, corrió hacia el grupo y dijo que él respondía de Bartolo.

—Te has portado como un héroe, Bartolo. Y no puedes tener idea del servicio que me has prestado...

—Pero, ¿es usted realmente el marqués?—preguntó el alcalde.

—Lo soy.

La duquesa y Luisa atestiguaron la afirmación, y Jorge explicó entonces que había querido divertirse un poquitín haciendo pasar a Bartolo por él.

Tomasa abrazó a su novio y le dijo, calmada:

—¡Qué precioso te ha hecho Dios, hijo mío!

Jorge tomó parte en la carrera, y la ganó.

Hubiera querido estar mejor en la montaña; pero no iba a consentir que metieran a Bartolo en la cárcel.

Además, le importaba ya tres cominos la

duquesa y Luisa, con las que estuvo muy irfo, pues su alma latía ya sólo por el recuerdo de la hija del notario.

Despechada, estuvo Luisa hablando con Alberto, sin tener para el marqués ni siquiera una mirada.

De ello se alegró profundamente el joven aristócrata, y aprovechando un momento en que vió a Alberto solo, se le acercó y le dijo:

—Sé que mi prima Luisa te agrada. No seas tonto y cástate con ella. Será contigo más feliz que conmigo.

* * *

Cuando doña Clarita se enteró de la desaparición de su sobrina, envió un telegrama a su hermano, rogándole que viniera inmediatamente, por haberse originado sucesos graves.

El notario se puso en camino, pero ya al subir al tren recibió otro telegrama urgente, diciéndole que todo se había arreglado bien, pero que de todas maneras era conveniente que hiciera el viaje.

Cuando llegó el señor Brummer a San Gervasio, habló con su hija y con Clotilde, recriminándoles con cierta amargura su escapatoria y enterándose a grandes rasgos de lo ocurrido. Las dos muchachas se defendieron bien.

Clotilde, después de solicitar mucha clemencia para María, se despidió del notario y éste quedó en compañía de su hija y de doña Clarita.

—¿Me perdonas, papáito?

—Perdonada... si me prometes no volver a reincidir.

—Prometido, papá... pero... debo confesarte que estoy enamorada.

—¿Tú?

—¡Y yo también!—dijo Clarita, sonriendo melancólicamente.

—¿Es posible?

—Sí, hermano. Un Adonis con forma de hombre se coló en mi corazón virginal—dijo la solterona, suspirando.

—Pues se dan matrimonios. Acabo de recibir un telegrama del marqués, diciéndome que desea casarse. Hace dos años que le espera su prima Luisa.

—Si... todos nos casaremos... ¡Viva el amor!—dijo Clarita.

—Pero, vamos por partes. ¿Quién es tu Adonis, hermana?



Las dos muchachas se defendieron bien.

—Nicomedes Delgado, el más hermoso fabricante de chorizos.

—Bien, bien... Puedes casarte cuando quieras... Ya tienes edad para ello.

Doña Clarita puso los ojos en blanco, de-rritiéndose de alegría.

—Y tu adorado tormento, ¿quién es, hija mía?

—El hombre más guapo y más simpático de cuantos respiran el aire salutar de la montaña—dijo María.

—No la creas—protestó doña Clarita—. Se trata de un zafio guardabosque con el cual tu hija pasó una noche a solas en un refugio de la montaña. ¡Escandaloso!

—¿Qué sucedió aquella noche?—preguntó el notario, poniéndose serio.

—Algo, cuyo solo recuerdo pone espanto en el alma—explicó María—. Ya sabes que me extravié... Imposibilitada como estaba de andar, perdida en la montaña, hubiese muerto si él no me conduce al refugio para ponerme al abrigo de la tempestad.

—Pues, ese hombre merece toda mi gratitud. Debes escribirle diciéndole que venga...

—¡Sí, papáito, sí! ¡Qué alegría me das! Es un hombre pobre... ¡pero si vieras lo fino que es!...

Y como ella no se acordaba ya para nada de Julio, que, disgustado, se había marchado

del hotel, se dispuso a escribir apasionadamente a Bartolo.

El notario preparóse a recibir al salvador de su hija. En cuanto a concederle la mano de su hija... no era cosa que le agradase demasiado, pero... si María hablaba de él con tanto amor... ¿cómo iba a negarle la autorización?

Al día siguiente, el legítimo Bartolo recibió la más extraña de las cartas que recibieron ojos pecadores.

Adorado Bartolo: Mi padre consiente en que me case contigo. Ven en seguida. No vivo sin verte, precioso mío. Recibe nueve mil millones de besos de tu

María.

Te espero en el hotel San Gervasio.

El buen Bartolo quedó viendo visiones. Como ignoraba que el marqués, bajo su nombre, había conquistado a una mujer, se perdía en un mar de confusiones.

—No caigo quién pueda ser esta desgraciada que está loca por mí persona—dijo a su madre, leyéndole la carta.

Luego contempló el retrato de María, que ésta había encerrado en el propio sobre.

—Guapa es como para caerse de espaldas. Y debe tener dinero, puesto que se aloja en un gran hotel.

Apareció Tomasa, y la madre de Bartolo le dijo con egoísmo:

—¡Renuncia a Bartolo! ¡Mi hijo piensa casarse ahora con una princesa...

Y sin querer atender las razones de su novia, Bartolo se dirigió al hotel San Gervasio, haciéndose anunciar a María, que estaba reunida con su padre, su tía y don Nicomedes.

—Le hablaré yo solo—exclamó el notario—. Ya te llamaré pronto, María.

Salieron las dos mujeres y Nicomedes y el señor Brummer se dispusieron a recibir al guardabosque.

Vieron entrar a un hombre rústico, de aspecto de jayán, que llevaba en el sombrero una gran pluma.

¡Y de aquel hombre montañés, que parecía oler a establo, se había podido enamorar su hija!

—Bueno, señor — dijo Bartolo, tomando

tranquilamente asiento—. ¿Dónde está esa muchachuela que se ha enamorado de mí?

El señor Brummer se llevó las manos a la cabeza. Santo Dios... ¿y aquel hombre iba a ser su yerno? Pero, ¿es que María se había vuelto loca?

Tocó el timbre y avisó a un criado para que llamasen a la señorita. Esta no tardó en aparecer, y el señor Brummer se alejó discretamente.

María entró, llena de ilusión, creyendo encontrar al hombre de la cabaña.

Cuando vió a aquel zaño aldeano, lo miró con espanto.

Bartolo, riendo y viendo que aquella muchacha era la de la fotografía, le dijo:

—Recibí tu carta y aquí estoy, dispuesto a casarme, para que no sufras más.

—¿Usted no es mi Bartolo! — protestó ella, furiosa—. ¡Me lo han cambiado! ¡Usted es un impostor!

—¿Otra vez me llaman impostor? Acabaré haciendo una de las mías. ¿Es que te has pensado que me íbas a tomar el pelo?

Avanzó hacia ella, amenazador, y María comenzó a gritar:

—¡Socorro!... ¡Socorro!

Acudieron el notario y los criados, quienes cogieron al guardabosque y lo echaron de la habitación.



Avanzó hacia ella amenazador.

—Ese hombre no es Bartolo... ¡No le conozco!—dijo María.

—¡No te desespres, hija mía! ¡Acaso podamos encontrar a tu enamorado galán!

Echando sapos y culebras, Bartolo cruzó

el corredor del hotel. ¿Qué significaba aquella burla?

De pronto apareció su señorito, el marqués de Nerville, quien le obligó a entrar en la habitación que él ocupaba.

Jorge no había querido dejarse ver durante aquellos días de María, comiendo en su cuarto y procurando pasar totalmente inadvertido.

El guardabosque le explicó lo que sucedía y le mostró la carta. Comprendiendo Jorge la equivocación, se echó a reír alegremente:

—¿De modo que porque una señorita caprichosa se ha enamorado de ti, abandonas a Tomasa?—le dijo—. Bartolo, eres un ingrato, merecedor de mi desprecio.

—Es que la muchachuela es azúcar...

—Nada, hijo mío, debes volver con tu novia.

Y con buenos sermones le convenció de que todo aquello había sido una bromita y era mejor que regresase al monte.

Bartolo se alejó, dispuesto a casarse lo antes posible con su aldeana, que a lo menos no era hipócrita y falsa como los señores.

Ya solo, ordenó Jorge a un criado advirtiéndose al notario que deseaba verle.

—¿El señor marqués aquí?—dijo Brunner—. Esto es que se prepara la boda con Luisa. Afortunadamente, tengo ya redactado el contrato matrimonial y firmado por la duquesa—dijo a Clarita.

Y corrió hacia la habitación del marqués de Nerville, y después de saludarle le mostró el contrato.

—Cuando usted quiera, puede firmarlo, señor marqués.

—Lo firmaré, con una condición — contestó riendo.

—¿Cuál?

—Que usted lo firme también... en calidad de suegro.

—¿Eh? ¿Acaso...?

—Sí... Estoy enamorado de su hija María y le pido su mano.

—¿Será el señor marqués el guardabosque Bartolo?—dijo, sorprendido.

—El mismo. Me valí de este ardid. Pero amo a su hija y quiero casarme con ella.

—¿Cuánto honor, señor marqués!

Se dirigieron a la habitación donde estaba María, doña Clarita y Nicomedes.

—Te traigo al que creías el guardabosque Bartolo, que es el señor marqués de Norville.



—Te amo igual que antes...

Jorge cayó en brazos de María, quien le miraba llena de sorpresa, sin comprender a su padre...

Y el propio Jorge le explicó el equívoco... y cómo él era el auténtico marqués.

Y la muchacha, que había amado a aquel hombre creyéndole de humilde cuna, se emocionó profundamente al saber su título aristocrático. ¡He aquí que, sin pensarlo, ella se veía convertida en marquesa!

—¡Jorge... Jorge! — le dijo—. Te amo igual que antes, cuando me parecías un humilde trabajador. Mi amor no ha cambiado por ti... ¡Ah, qué feliz soy! Es increíble que el fuego de un cariño tan grande haya prendido entre nieve...

—¿Qué importa la nieve, si en nuestras almas había ya antes el calor del amor? ¡Chiquilla, pronto nos casaremos!

Y se acariciaron otra vez, llenos de júbilo.

FIN

¡El mayor éxito editorial del año!

La formidable novela

Los Cuatro Diablos

Asunto dirigido por el coloso de la escena rusa,
Murnau, director de AMANECER.

Intérpretes:

Janel Gaynor, Nancy Drexel, Charles Norton, Harry
Norton y Farrell MacDonald

Reciente estreno en Madrid, alcanzando el éxito que
caba esperar de tan extraordinaria producción.

ENCARGUE

inmediatamente a su librero este libro de las selectas
Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica

HOY

en las selectas *Ediciones Especiales* de

La Novela Semanal Cinematográfica

la formidable novela rusa

VOLGA, VOLGA

Producción que merece el
calificativo de colosal

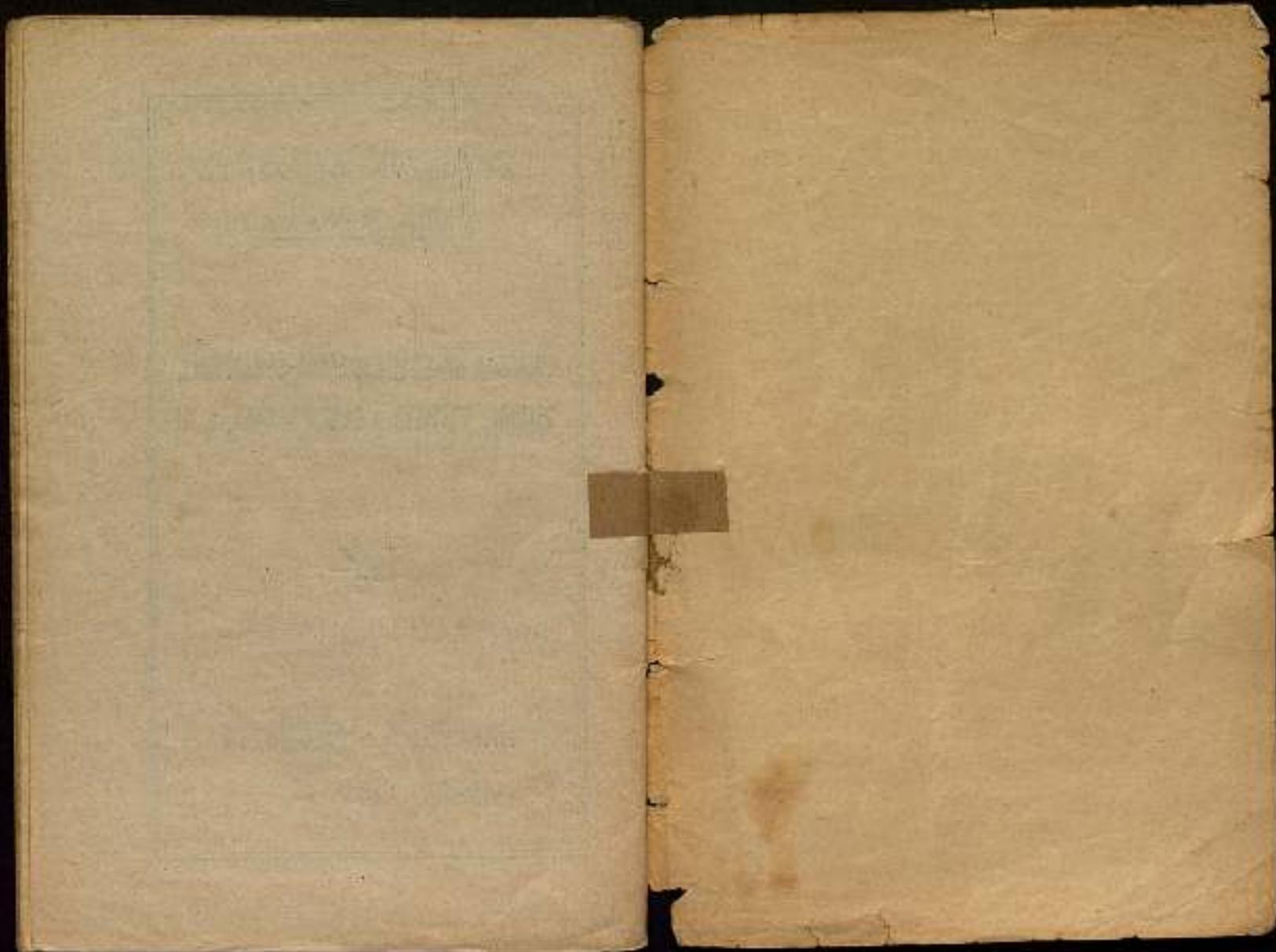
EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.



BARCELONA: Barbará, 16

MADRID: Caños, 1



E. B.